

Fabio Morábito

La difícil poética de bajo perfil

Eloy Urroz

Fabio Morábito es muy afortunado de que yo no viva en la Ciudad de México, de lo contrario estaría buscándolo, llamándolo, abrumándolo para decirle que nos veamos otra vez, como solíamos, en aquel Sanborns del sur de la capital. Aquellos encuentros, entre otros varios que echo de menos, son una de las más persistentes añoranzas que conservo desde que emigré a Estados Unidos en 1995. En su ausencia, quedan los libros de esos amigos que uno va leyendo en la distancia, libros de los que se apropia uno como de un talismán. Fabio ha ido creando una obra obsesionada con la exactitud y matices del idioma, ambos vehículos para expresar “belleza” diciendo siempre algo más. En Morábito, belleza es sinónimo de decantación y modulación, y en esto se parece a un coetáneo suyo, Armando Pereira, a quien asocio indefectiblemente con Fabio: ambos pertenecen a una misma generación, la de Sandro Cohen, mi entrañable tercer amigo de su generación. Los tres comparten una característica: escriben el mejor español que uno pueda leer en nuestros días. Pertenecen a ese gremio sobre quienes suele decirse: “Qué daría yo por ser su amigo”. Incluso ponerme a escribir esta reseña me pone en un aprieto: ¿estaré a la altura de su español, de su sintaxis y su rigor? ¿No estaré defraudándolos?

Desde su poemario *De lunes todo el año* (1992), el cual reseñé en esta misma revista hace más de 20 años, pasando por uno de los mejores libros de cuentos que he leído y que enseñó, *La vida ordenada* (2000), hasta su única novela corta hasta hoy publicada (*Emilio, los chistes y la muerte*, 2009), no he dejado de leer los libros de Fabio, todos pequeños, breves, decantados. Me apesadumbra que sean breves



pues quería leer más, pero me alegra que lo sean pues adivino que recibo, destilado, su mensaje, su rigor, su arriesgada apuesta vital, que no es otra, ya lo he dicho, que la de la belleza como búsqueda incansable. Sí, el mensaje en Morábito es, a fin de cuentas, una breve (larga) meditación sobre la belleza y vicisitudes del idioma aunque siempre esté hablando de otras cosas: la infancia, el exilio, la máscara, el amor, la traducción, la poesía, la amistad, los críticos, las lecturas, el cine, etcétera. De todo eso tratan, pues, estas 84 meditaciones recientemente reunidas en uno de los libros más hermosos que he leído en muchos años: *El idioma materno*.

Antes de comentar las meditaciones de este libro, cuento una anécdota: en uno de nuestros habituales cafés, allá en los noventa, Fabio me dijo emocionado que acababan de decirle en Era que se había

terminado la edición de su libro (no recuerdo cuál). Me dijo: “Imagínate, Eloy, mil personas me han leído”, algo parecido a eso que narra en “Las cartas comerciales” cuando nos comparte que a los doce años de edad: “Me *sentí* leído, una emoción inédita para mí” (las itálicas son suyas). Confieso que a través de los años no he dejado también de *sentirme* emocionado y escindido por dos grupos de amigos o formas de pensar la literatura: por un lado, la de aquellos que se esfuerzan por vender mucho, y por otro, aquellos a los que no les interesa primordialmente. Los afortunados de contar con 500 lectores y los que no se sacian con 50 mil. Los que escriben y se olvidan del mundo; los que no se olvidan del mundo y se plantan en la agreste realidad del mercado. Los pragmáticos y los puristas. Los que escriben haciéndolo *como si* todo fuera a parar al cajón del escritorio y los que escriben seguros de que no se irá a ningún cajón y que lo que escriben es articuladamente pensado para ser leído. Los que creen que escriben para sí mismos y los que creen que escriben para los demás. ¿Dónde quiero estar? ¿Qué deseo? ¿Hacia dónde se inclina la balanza? ¿Vender mucho es sinónimo de menor calidad, mientras que vender poco te hace un exquisito insoportable? ¿O es todo lo contrario? ¿No debería estar emocionado, acaso agradecido, de saber que me leyeron 500 desconocidos, o debería estar profundamente abatido? Otra vez surge la incómoda pregunta de Larra: ¿para quién escribo? ¿Para quién escribe Fabio Morábito?

“Paris” y “En defensa del hijo del medio” son dos ejemplos, entre muchos, de lo que he intentado explicar. Como en casi cada meditación del libro, Morábito tiene

el genio para poner el dedo en lo inadvertido, en percibir aquello ínfimo que nadie había observado. Me explico. En “Paris”, Morábito detecta una frase en la *Iliada* que, para él, da probable origen al antihéroe y con ello a la novela moderna: “a veces te abandonas y no quieres pelear”. Héctor se lo dice a Paris y con ello nace lo que para Foster equivaldría al “personaje esférico”. Esa ambigüedad (ese “a veces”) rompe con el heroico esquema homérico, nos dice Morábito. En el segundo texto, Fabio sale en defensa del segundo de los tres hermanos en los relatos de aventuras, aquellos antihéroes que *parece* que no importan, pero que en el fondo importan más que ninguno. Fabio continúa así la idea esgrimida antes sobre el Paris de la *Iliada*: “Fue gracias a su radio de visión [el del hermano de en medio], mucho más amplio que el de sus dos hermanos, que pudimos atisbar un nuevo tipo de personajes y de historias, sin vencedores ni vencidos y sin tríadas ni dualismos. El arte de la novela es un perpetuo tributo a ese hijo sin brillo”. Y es justo esta opacidad, esta discreción matizada y sin brillo, esta meticulosa capacidad para poner el ojo en los más nimios detalles de la vida y el arte, lo

que conforma la poética *de bajo perfil* de Morábito. Sí, del segundo de los tres hermanos, del inadvertido, podría decirse lo mismo que Fabio ha dicho poco antes sobre Paris: “fracasa adrede” y esa parecería también su oculta prerrogativa, al grado de que, otra vez, lo vuelve a decir en “Carril de acotamiento” cuando nos comparte: “Uno se hace escritor el día en que encuentra un yo postizo que viaja modestamente en el carril de acotamiento para no despertar al otro, el que ocupa el carril central. Hacerse escritor es deslizarse hacia el borde, volverse un tanto anónimo y escurridizo, menos genuino y profundo, que es el precio que hay que pagar en este oficio”.

Entre los 84 reunidos en el libro, mis textos favoritos son: “Scrittore traditore”, “Los demasiados libros”, “El justificante perfecto” y “Frasas cortas” (su continuación), “El idioma solitario”, “Robar”, “Nadie lee nada”, “Samsonite”, “Poesía y prosa”, “Carril de acotamiento”, “Venas y arterias”, “Alambres retorcidos” y “Un sueño recurrente”. Decir favoritos entre un arsenal de favoritos es tarea complicada. Decir “favoritos” es un eufemismo para decir “mejores”; al hablar de favoritos

me refiero a cierta difícil perfección intrínseca, cierto logrado equilibrio entre lo que el autor cuenta, cómo lo cuenta, el tiempo que se da para contar y el contenedor o estructura que se impone para decirlo con la mayor originalidad y belleza, todo ello sin desperdiciarse en ripios o frases manidas y predecibles, todo ello sorprendiéndonos con un final o un clímax de cuento aunque no se trate de cuentos ni relatos. *El idioma materno* es un libro para releer, una miscelánea para educar en la lectura y para enseñarnos a escribir mejor. Es un libro inclasificable, el cual me recuerda a otro de Fuentes, *En esto creo*, summas ambas de un saber estético y existencial quintaesenciado. Como ejemplo de lo que digo baste entresacar la siguiente cita de “Los poetas no escriben libros”, donde se lee que: “Puede decirse que se escribe poesía a pesar de la escritura, a contrapelo de la sordera de la escritura, en contra de la arritmia y la techumbre de la escritura”. ¿Quién que haya escrito poesía no ha sentido lo que Morábito suscribe con agudeza e intuición de poeta? **U**

Fabio Morábito, *El idioma materno*, Sexto Piso, México, 2014, 178 pp.



Fabio Morábito